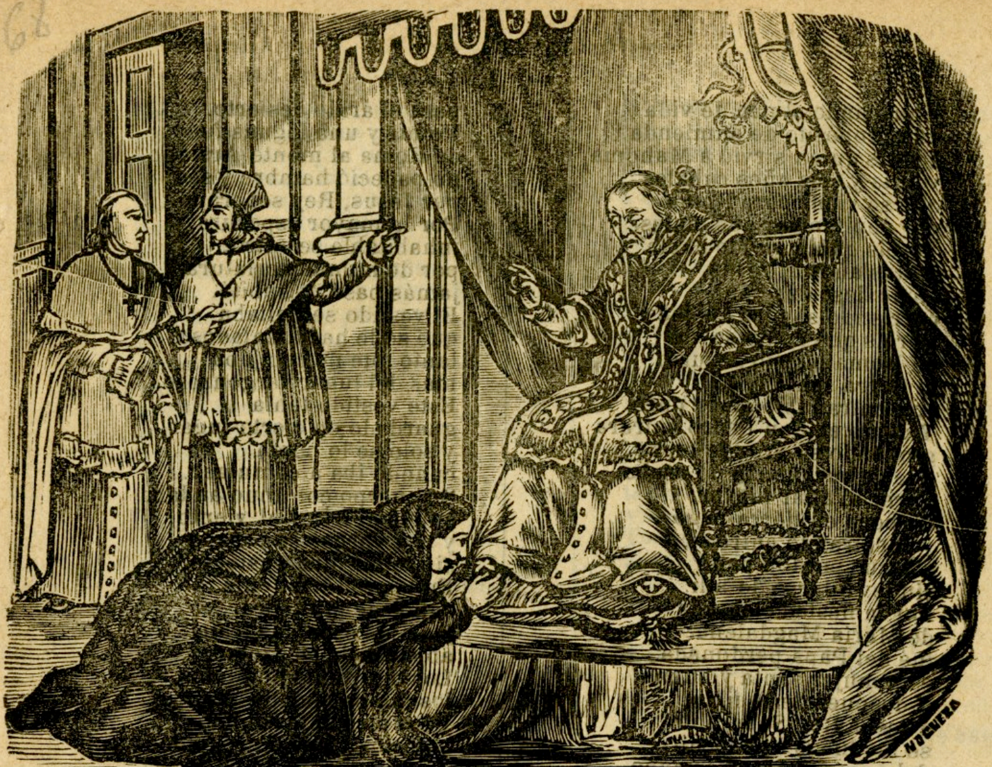

La Renegada de Valladolid

Dáse cuenta de la santa penitencia que hizo en la montaña, y como convirtió á dos hijos que tenia en Turquía sin conocer estos á su madre, hasta que se hallaron en Roma.

SEGUNDA PARTE

Dios, Padre, Rey sempiterno,
sea quien siempre me ampare.
Dios hijo me dé gobierno,
y el Santo Espíritu eterno
ponga luz donde faltare.
Tiempo es ya que nos quitemos.
del vicio malo y pendiente,
pues con vicios nos perdemos
y nuevo ejemplo tenemos,
de una mujer penitente.
En Valladolid nacida
fué esta bienaventurada
y por enmendar su vida
es de Jesucristo amada.

Vereis que por la riqueza
y vicios negó al Señor,
y con cuanta fortaleza
tornó á buscar su pastor.
Vereis á la que vestia
sedas de finos colores,
y en rica cama dormia
de suavísimos olores,
como recuerda del sueño
y procura en nueva luz
buscar su perfecto Dueño
que murió por ella en cruz.
Vereis como el mundo olvida,
hijos, marido y hacienda,

y buscando el pan de vida
con propósito de enmienda.
Vereis quien sirvió á Mahoma
veinte y seis años cabales,
que se viene para Roma
por penitenciar sus males.
Vereis quien vivido habia
tantos años al revés,
como descalza venía
corriendo sangre los piés.
Vereis que como se vió
en Roma puerto seguro,
la tierra santa besó
con entrañable amor puro.
Y como en San Pedro entrara
gimiendo su grande error,
que de vergüenza no osaba
mirar al altar mayor.
Su boca en tierra pegó,
y suspirando entre sí,
á Jesús perdon pidió
sin levantarse de allí.
Por la fiesta celebrada
de María Magdalena.
fué del Papa perdonada
esta mujer santa y buena.
Y despues de recibir
á Jesus Rey Soberano,
se fué luego à despedir
del sacerdote su hermano,
dijo la hermana prudente:
yo ruego á mi Dios, hermano,
que me limpie en la fuente,
que da luz al cristiano.
Los dias que trasladados
me dió por su gran clemencia,
quiero que sean gastados
en ayuno y penitencia.
El sacerdote sentia
con grande pena y pesar,
que su hermana no queria
volver al país natal.
—Pues sabes tú que es famosa
Valladolid y cumplida,
de todo bien abundosa.
sobre todas escogida.
Ella dijo: no se aplaca
con el deleite mi pena,
sin gustar de la triaca
con que sanó Magdalena.
Mi intento es habitar
por el áspero desierto,
y este mi cuerpo purgar
el mal que tiene encubierto.
Al tiempo de despedirse
vieras la lamentación,
al abrazarse y decirse
palabras de esclamación.
El clérigo procuró
luego bajel en el puerto,
y su hermana se partió
para el árido desierto.
Veinte y una leguas fué
de Roma al monte Arsíano,
no padeció hambre y sed
por Jesus, Rey soberano.
Por la mayor espesura
inhabitable se entró,
por do humana criatura
jamás pasó ni habitó.
El vestido se quitaba
que se le hacia enfadoso,
tanto que no cobijaba
mas del lugar vergonzoso.
Este vestido tenia
guardado en cierto lugar,
y solo se lo ponia
cuando iba á comulgar.
Su cuerpo contínuo andaba
sujeto al frio y al viento,
y con yerbas se pasaba
sin tener otro sustento.
En las rodillas tenia
callos de tanto orar,
y en las espaldas traia
abiertas de su azotar.
Los ojos tenia hundidos,
los làbios muy desecados,
y los piés antes pulidos,
abiertos y ensangrentados.
La Semana Santa entraba
en Roma con humildad,
y sus vestidos llevaba
solo por la honestidad.
Luego al desierto tornaba
toda deshecha en sollozos,
y sin cesar recordaba
los hijos que dejó moros.
Que como vió que quedaron
mozos sin entendimiento,
ni fé que no la alcanzaron,
tenia mucho tormento.
Y puestas ambas sus manos
rogó á Dios que en la cruz
padeció por los humanos,
los convirtiese á la luz.
Rindióla el sueño y oyó:
«Vé por tus queridos hijos,
que por Dios que los crió,
serán muy favorecidos.
De enemigos malignos,
no te verás perseguida,
ni allí serás conocida
de tus hijos y vecinos.»
Cuando el sueño recordó
del desierto se salia,
que es donde penitenció
ocho años con porfía.
Con lágrimas se despide
del desierto do habita,
pidiendo á Dios no la olvide,
pues á él se encomendaba.

Seiscientas leguas anduvo
padeciendo hambre y sed,
para que sus hijos turcos
se inclinasen á la fé.
Como Dios quiso que viera
sus dos hijos deseados,
llorando entre sí dijera:
¡quién os viera bautizados!
Como en casa entrar los vió
la madre noble y prudente,
de limosna les pidió,
diciendo humildemente:
caballeros, consolad
á esta necesitada;
así consuele Alá
vuestra madre desdichada.
El mayor que lo entendió
le preguntó: ¿y tu viste
algun tiempo ó conociste
la madre que nos parió?
Ella dijo: bien la ví,
y os podré dar buenas nuevas,
pues mejor la conocí
que no vosotros á ella.
Los dos hermanos lloraron
oyendo á su madre nombrar,
y en un retrete se entraron,
donde la hicieron sentar.
En medio de ellos tenian
la que tanto han deseado,
pero no la conocian,
como se ha desemejado.
Dijeron con pena triste:
la madre que nos parió,
¿cuánto habrá que no la viste
después que de aquí partió?
Dijo: yo la conocí,
desde que era aún muy niña,
y juntas de Valladolid
salimos en igual día.
Cuando vino á Bujía,
la serví y la acompañé,
y cuando ella fué cautiva,
yo en cautividad entré.
Y el día que se casó
con Alifach, vuestro padre,
en las fiestas comí yo
al harem de vuestra madre.
En los partos de vosotros
siempre á llamar me enviaba,
y aun harta pena me daba
de sus dolores penosos.
Muchas veces os limpié,
porque parida yo estaba,
y os prometo por mi fé
que mi propia leche os daba.
Dicen en llanto bañados:
madre, pues que nos pariste,
¿por qué causa aborrecisteis
estos hijos desdichados?
Sí por nuestra ley nos echas
de tu seno, madre nuestra,
desde ahora la adjuramos,
y abrazaremos la vuestra.
¿Por qué causa olvidais
á quien con dolor parísteis?
¿siquiera no os acordais
que en el vientre nos trajísteis?
Y si quisisteis marcharos,
por tomar el cristianismo,
pudísteis luego llamarnos,
porque hiciéramos lo mismo.
A once esclavos que venian
del campo de trabajar,
los dos hermanos decian
que se fuesen à cenar.
Harto hacia y porfiaba
la madre disimular,
tanto que tambien lloraba
viendo á sus hijos llorar.
Tornàronla á preguntar
si de su madre sabía:
y ella dijo: os quiero dar
mas nuevas de alegria.
No esteis tan apasionados
que en sosegando la casa
os contaré, mis amados,
toda la verdad que pasa.
Muy buena cena tenian,
mas no hay manjar que les cuadre,
que solo el deseo tenian
de saber ya de su madre.
Como cenar no pudiesen
de pena su madre y ellos,
mandaron que se la hiciese
una cama junto á ellos.
Como no era acostumbrada
dormir en lienzo delgado,
no quiso la madre honrada
mas de un cabezal doblado.
Y despues de encomendarse
á Dios, que es su primer padre
à sus hijos fué á dar
nuevas de su buena madre,
diciendo: no tengais pena
ni sintais afligimiento,
que vuestra madre está buena,
de tanta riqueza llena
que no hay número ni cuento.
En Roma la ví muy buena;
firme en la divina fé,
que en esta santa cuaresma
con ella estuve y hablé;
no comia ni bebia,
sino que siempre lloraba
á dos hijos que tenia
en Turquía y los amaba.
Con el cruel llanto que hacía
la supliqué os escribiese,
y que por cierto tuviese
que la carta yo os daria.
Socorrida de Dios padre,

una carta traigo aquí,
ved si conoceis así
la firma de vuestra madre.
Despues que la desdoblaron
y la letra conocieron,
muchas veces la besaron;
del contento que tuvieron
la leian sin cesar,
y á la mujer la decian
de que manera podrian
seguros en Roma entrar.
Dijo la madre: tomad
los esclavos que teneis
y á otros cuatro comprad,
que menester los habreis.
Al punto nos partiremos
viendo la noche cerrar,
y un bergantin hallaremos
de estos que van á pescar.
El su consejo afirmaron
por bueno; secretamente
á cuatro esclavos compraron
gente moza y diligente.
Todos fueron avisados
de su bien y libertad,
y así una noche cargados
marcharon con brevedad.
De ocho barcos, hallaron
un bergantín escelente,
y sin rumor se embarcaron
todos veinte prontamente.
Tanta fortuna tuvieron,
que por su buen navegar
en treinta y seis dias fueron
à Roma á desembarcar,
y siendo desembarcados
la buena mujer habló
diciendo: hijos amados,
ved aquí á quien os parió.
Abrazadme, veisme aquí,
no esteis embelesados
que yo soy la que os parí,
y en mi pecho fuiesteis criados.
Yo soy quien siempre he rogado
á Dios nuestro Redentor
que os pusiera en tal estado
de fè que ahora os veo yo.
Maravillados estaban
de lo que la madre habló:
ambos hijos la miraban
si fuese su madre ó nó.
Hermano, dijo el mayor:
si es nuestra madre piadosa
en los pechos como yo
ha de tener una rosa,
Los hijos la descubrieron,
y como la rosa hallaron
con mucho amor la abrazaron,
como que la conocieron.
Los llantos quiero dejar
que entonces se renovaron,
y así quiero declarar
de como se bautizaron.
Como el Papa conoció
ser firme y bueno su intento,
bautismo les concedió,
con gran placer y contento.
Al Papa los piés besaron,
y entre él y los prelados
de limosnas les juntaron
mas de veinte mil ducados.
En Santa Clara se entró
la madre segun es cierto,
que de cansada enfermó
con lo que pasó al desierto.
Queriéndola Dios llevar,
á su celeste mansion,
mandó á sus hijos llamar,
y les dió su bendicion
Ellos besaron su mano,
con amor les abrazó,
y mucho les encargó
que fuesen buenos cristianos.
Noche propia que nació
nuestro Redentor glorioso
su ánima presentó
á Jesucristo piadoso.
Un olor que confortaba
del cuerpo santo salia
y su vida revelaba
á quien su confesion oia.
De donde habemos sacado
esta dolorosa historia,
en que ejemplo hemos tomado:
y por ella caminemos
á la perdurable gloria.

FIN

Barcelona: Impresos de la Vda. de A. Llorens, Palma de Sta. Catalina, 6.